

C A R A Y C R U Z

Por IGNACIO AGUSTI

el alcohol, vicio o virtud

PASEABAMOS por la Corredera Baja, Madrid de los Austrias, hace veinte años, Pedro Mourlane Michelena, Alvaro Cunqueiro, José María Castroviejo y el autor de estas notas. Ibamos de taberna en taberna, pausadamente, mientras escuchábamos los altos propósitos de don Pedro Mourlane. Don Pedro no escribió mucho en su vida; pero dialogó con generosidad. Era un espíritu helénico natural de Bilbao, con una faz digna de medallón o propia para el mármol. Las peripatéticas lecciones de don Pedro Mourlane Michelena eran una delicia. Lo que ocurría es que José María Castroviejo no las toleraba en seco, y de ahí nuestras andaduras de taberna en taberna, sin prisas, pero sin pausas, hasta liquidar —en literal sentido— una ristra de cincuenta turgidos en una jornada. Para persuadir a don Pedro de la utilidad de una nueva escala argüía, convincente, Castroviejo: «Don Pedro, entremos en esta taberna; a Agustí le encanta.»

A mí no me gusta insistir en el vino; pero me asfixia la soledad. Soy, lo digo sin rebozo, hombre que mucho ha bebido, pero, como diría la gaceta, por causas ajenas a mi voluntad. Para empezar he de decir que en el primer día de tricheira me dieron, junto al fusil, al macuto y al casco, una contumpladora llena toda ella de un anis peleón, que tenía la virtud de hacer pasar de un golpe el miedo, el frío y el sueño. Tenía esa pócima la singular característica de hacernos crecer, a cada uno de nosotros, que la guerra la hacía otro. Y tal vez fuera otro el que la hiciera: un cocinero alquimista y desconocido que albergaba en toneles su propio espíritu peleón. El destete que se nos hizo a muchos para pasar a la madurez en aquella ocasión quizá fuera pretexto para la simpática argucia de José María Castroviejo.

A mí me causa una tristeza infinita la soledad del bebedor, de algunos bebedores. Hay en mi hotel un hombre americano que bebe solo, uno, dos, tres, hasta seis martinis; a cada uno de ellos se le nota en la frente el paso sombrío de una nube viajera. Cada sorbo parece, al menos exteriormente, que poega a flor de su piel un año más de su pesadumbre humana. El alcohol resuelve de noche problemas que al día siguiente se deslisan sin peso. El alcohol tiene algo de común con la mentalidad de ciertos burócratas, que inventan problemas para poderlos resolver. La invención inútil del alcohol solitario y nocturno es una de los apartados más tristes de extensas zonas del mundo occidental. El americano de mi hotel paga tristemente, al cabo de la noche, y se va a su cuarto. He visto en muchos bares de Alemania —y, según me han dicho, así se ve también en muchos bares de Inglaterra y de los Estados Unidos— a ese tipo de bebedor solitario, cuyo único descanso, al cabo de la jornada, es buscar la compañía de los fantasmas del alcohol. Pero estos fantasmas excluyen, en la mayoría de los casos, la posibilidad de toda otra compañía. Muchas veces se bebe para tener el arroyo de encontrar esa otra compañía —la «bonne compagnie»; pero cuando uno se da cuenta ya se ha pasado de rosca y se encuentra solo, irremediablemente solo, con los propios fantasmas delirantes. Y si se insiste, uno mismo se convierte en fantasma.

Los mapas del bebedor son característicos. Las fronteras peculiares de cada alcohol son divisorias del mundo perfectamente establecidas. Desde Holanda a las lindes del Artico, por todo aquello que bordea el mar, los alcoholes son blancos y espesos. El tipo de *schnapps* o aguardiente de frutas consigue unos fines de semana ruidosos y entenebrecidos, sobre grandes cantidades de población. Hay gente que no tienen domingos, que tienen solo alcohol. Trabajan una semana entera para lanzarse al fin de ella a una inopia soñadora que les desarticule el incómodo resuelo lógico

y mental. El *schnapps* es un universo de prestado, poblado de maravillosas ninfas que trasiegan entre la bruma. En el mundo anglosajón se bebe el whisky, y es conocida la argucia del bebedor de bar que se hace instalar en batería, antes de la hora oficial del cierre, la media docena de tragos necesarios para irse a acostar sin déficit de delirio. En los países mediterráneos, lo característico, transparente y natural es el vino. Pero el vino, a veces, sabe a poco, y es preciso sustituirlo por el conac, por el whisky o por la cazalla, de palada seca y segura. Mas nosotros, en los países latinos, no somos en general bebedores solitarios. Necesitamos de la compañía, y el vaso de vino es un excelente intermediario entre dos o más seres humanos.

Por todo ello, los gobiernos y sus órganos se han preocupado de orientar, controlar y someter el uso del alcohol, no siempre con éxito. Una de las medidas, de las pocas medidas, que en Francia se han conservado del régimen Pétain, es la medida restrictiva del alcohol, no sin que se suscitara polémicas y protestas por parte de los viticultores, que son en Francia una de las bases de la riqueza nacional. Se rebajó en grados el absintio, flor perfumada de los delirios de Baudelaire y de Verlaine, amarillo girasol de las horas baldías de todos los talentos con musa, refugio de los pintores insomnes y fatigados, como Modigliani. El absintio, o Pernod, era una especie de aciago fuente de ensueños literarios y pictóricos que arrebató en su oleada a multitud de jóvenes, de los que no tenemos ni siquiera noticia, en los altos desvanes del barrio latino y de Montparnasse, en el hedor de los tristes burdeles, en las sombras de la noche terrible. En sustitución del pernod se ha ideado el «pastiss», anisado y rebajado pernod, que pone a las musas a medio gas y que viene a ser como un absintio domesticado. Pero lo que es bueno en Francia, como aquí, es el vino, el vino peleón, el tintorro y el clarete, el vino abierto y natural de las viñas, que huele a campo y a luminosa mocedad, el vino antiguo cantado por los poetas.

Mas no vayamos a creer que todo el vino es como el nuestro. Los vinos de la Hélade son ahora todavía amargos y turbios y, sin duda, herencia misma de los que cantara Horacio y que consiguieron nublar el entendimiento de Paris, el raptor, el mayor Fidel Castro que haya alumbrado la Historia. En esos vinos amargos de Grecia, bebidos con extrañeza, pero con ansiedad, hemos revivido alguna vez toda la guerra de Troya.

guerra de papel de barba

Cuando el mundo actual añade a sus muchas zozobras el peso de un acontecimiento concreto, como ocurrió la semana pasada con los acontecimientos del Caribe, nos parece que la cosa es demasiado lejana y grandiosa para que pueda hacernos zozobrar a todos. En realidad, entonces advertimos que la verdadera medida del pánico no nos la puede dar la bomba de hidrógeno o el cohete atómico teledirigido, puesto que no hay dirigente tan necio que se lance el primero a la destrucción. La medida de nuestro pánico nos la da la propia guerra fría. No se destruiría la Humanidad de una vez; en cambio, nos están destruyendo los nervios un poco todos los días, y ello no deja de ser grave, quizá no tan grave como una destrucción masiva, pero grave también.

No podíamos ni por un instante imaginar que el envite guerrero se produjera con la misma intemperancia con que se produjo la guerra de los boers o con la calididad de una emboscada en una guerra de

A mí no me gustaba pasear las tabernas, pero, en cambio, me sentía profundamente enraizado a la tierra, como una vid, con un vaso de vino por delante y la compañía de don Pedro Mourlane Michelena, amén de las de Castroviejo y Cunqueiro. Porque no hay país sin compañía, sin diálogo y sin el prurito y la fineza que suscitan en nosotros los duendes magos de la tierra, que están en la vid.

el vino es noble

Don Marcelino Menéndez Pelayo fue un gran bebedor, un continuado y perenne bebedor, especializado en vinos y coñacs. Su obra pudo, en parte, con toda seguridad, ser consumada gracias al estímulo coherente de esos añadidos alcohólicos. De modo que no hagamos ahora las reflexiones pautas de las asistentes a los clubs anti-alcohólicos del mundo anglosajón, que entran —o entran— en las tabernas a resacalar, a palo limpio, de la inmundicia alcohólica a pacíficos obreros con inclinación al vaso. Don Marcelino fue bebedor y lo han sido una buena parte de los grandes creadores.

Lo que ocurre es que hay distintas clases de bebedores, y en primer lugar, los excesivamente bebedores y los bebedores con limitación. Pero aun entre los primeros los hay de farol —esos que en los chistes se agarran a un farol— y de cuartelillo. Estos segundos son peligrosos; son aquellos que requieren la fuerza pública.

Mas en la infinidad de bebedores con limitación hallaríamos a la mayoría de los grandes artistas del pensamiento y del acorbo cultural humano. Recordamos con delectación los párrafos, que se van sucediendo a lo largo de su copiosa correspondencia, que aluden a las calidades de los vinos que recíprocamente se enviaban Schiller y Goethe; era como si se enviaran uno a otro un pedazo de su propio país. Y de mí puedo decir que antes de que el vino se me subiera a la cabeza se me había bajado a los pies, pues cuando era chico yo pisaba en los lagares la masa viscosa, blanda y ciertamente ofuscante de la vendimia recién cortada.

Ninguna noción ha sido en mi infancia tan deslumbradora y eficaz como ese saboro de la tierra. Aun calentados, después de casi medio siglo, mis pies se refrescan cuando recuerdo el trance; cuando a la gestión directa de hacer el zumo se añadía el criterio y la canción con que le habíamos traído desde las laderas.

guerrillas. Aunque enemigos, los dirigentes del mundo se entrevistan —o avistan— por teletipo y por televisión, a través de la prensa, infinidad de veces al cabo de la semana. Vivimos en un mundo de veloz papel impreso, de raudos teletipos, de órganos televisivos. Los dirigentes del mundo se conocen como si fueran ya de la familia, a través de cuanta noticia diplomática, periodística, pública o confidencial transita de un cabo a otro del mundo. No hay sorpresa psicológica posible, como la hubiera habido hace cien años. Si ello es así, ¿podemos por un instante imaginar otra vez la guerra relámpago?

En las circunstancias actuales era inimaginable un encontronazo marítimo que no tuviera como conclusión los preparativos de alguna conferencia cumbre. Lo que ocurre con todo ello, con el aparato desmesurado que ha cobrado el entendimiento —o la falta de entendimiento— entre los dos mundos llamados opuestos, no puede ser llevado a cabo sin el auxilio de un poco de teatro.